

www.elboomeran.com

LA CHAISE-LONGUE VICTORIANA

MARGHANITA LASKI

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
LAURA SALAS RODRÍGUEZ



«Muero de mi propia muerte y de las muertes de los
que me siguen».

T.S. Eliot.

—¿Me da su palabra de honor —preguntó Melanie— de que no voy a morir?

El doctor dijo:

—Es una estupidez preguntarme eso. Por supuesto que vas a morir, y yo también, y Guy, y al final incluso Richard morirá. Lo que en realidad me estás preguntando es si vas a morir pronto de tuberculosis, y la respuesta a eso es no, aunque no voy a darte mi palabra de honor.

Melanie se incorporó del nido de almohadones.

—¿Por qué no? —inquirió—. ¿Por qué no lo hace, si está tan seguro?

—Túmbate —apremió el médico con severidad. Esperó a que ella se hundiera de nuevo, obediente, entre los grandes almohadones cuadrados cuyas fundas de lino rosa emitían el débil resplandor que las lavanderías competentes aún daban al buen lino; los almohadones prestaban su pálido fulgor rosado a su hermosa cara, recubierta de una pelusa suave como la de un bebé.

—Con esos saltos que das —reconvino con fingido reproche—, no te extrañe que no te dé mi palabra.

Pero Melanie se sentía ahora más segura; ella esta-

ba en su nido de almohadones y él tenía una sonrisa en el rostro. Se la devolvió con la intención de decirle tan solo que lo quería y que confiaba en él, y el médico se preguntó cómo era que la sonrisa de Melanie siempre parecía invitar a deleites que, estaba seguro, ella nunca había conocido.

—Hacía mucho que no te veía sonreír así —dijo; sí, hacía mucho, ahora que lo pensaba, desde...

—Ahora que sé que no voy a morir puedo sonreír.
—Pero no pudo evitar alzar la voz en una interrogación al concluir la frase.

El doctor suspiró.

—Si llego a saber el escándalo que ibas a montar con el resultado negativo¹ —dijo—, nunca te habría dicho nada.

Acercó la silla a la cama y, tras subestimar por enésima vez su peso, se preguntó irritado por qué Guy nunca le había explicado a Melanie que las sillas de papel maché con incrustaciones podían quedar muy bonitas en la habitación de una señorita, pero que los visitantes masculinos deseaban algo más sólido para sentarse.

—Bien, ahora escúchame —instó—. Como te las has apañado para ser una chica obediente hasta ahora, hemos podido superar lo que podría haber sido una recaída grave, y si te permites restablecerte por

¹ Se refiere al test de Mantoux, que se usa para comprobar si un organismo está infectado de tuberculosis. El resultado negativo, por tanto, es en realidad satisfactorio.

completo y te tenemos vigilada, no hay razón alguna para que vuelva a ocurrir algo así.

—¿Ni siquiera si tengo otro bebé? —preguntó Melanie.

—Bueno, yo tampoco tendría *demasiados* —señaló el doctor con cautela—, pero el problema estaba latente antes de que concibieras a Richard. Dudo que se hubiera activado con tanta rapidez si no hubieses estado embarazada, pero, por supuesto, podía haber estallado en cualquier momento.

—Pero ha sido una suerte que tardara tanto, ¿no? —replicó Melanie, de nuevo sonriente.

—Una verdadera suerte —respondió el doctor en tono fúnebre. Melanie no debía llegar a comprender lo afortunada que había sido, ya que, tras arriesgarse a que el embarazo siguiera su curso, la mancha sospechosa se había activado solo después de que el bebé fuera viable, de modo que la inducción urgente que se le realizó pudo darle un hijo sano—. Pero eso fue hace solo, déjame pensar, siete meses —dijo él, siguiendo el curso de su pensamiento más que el de la conversación—. No puedes sobresaltarte, al menos durante un tiempo todavía. Vamos a pasar este verano con tanta paz y tranquilidad como podamos, y en cuanto el tiempo empiece a estropearse, ¡hala! A Suiza con tu maridito, que tiene que vigilarte.

—Y Richard —dijo Melanie, aún incapaz de sentir la seguridad suficiente como para no temer ni desconfiar de lo que queda sin decir.

—Y Richard —asintió el médico—. ¿La niñera está ansiosa por encontrarse entre forasteros?

—La hermana Smith dice que sí —afirmó Melanie. Estaba empezando a agitarse. Pronto, el doctor lo sabía, estaría desbordante de nerviosismo, risa y vivacidad; y poco después las aún escasas reservas de salud se consumirían, y al día siguiente Melanie estaría acostada, exhausta, suplicándole de nuevo con febrilidad que le prometiera que no iba a morir.

—Pero mientras tanto —recalcó— tenemos que seguir exactamente como hasta ahora; nada de travesuras ni emociones, y el mayor cuidado y prudencia. Tienes que tratarte como si... —Sus ojos recorrieron la bonita habitación, se posaron en el sedoso papel color crema de las paredes, en las cortinas del mismo color crema brillante estampadas con enormes rosas, en el cabecero de palisandro decorado con juguetones bronces franceses, y después se dirigieron al espejo de volutas del tocador, a los rubicundos querubines que gateaban por coloridas guirnaldas de flores, para encontrar allí su analogía y concluir—: ...como si fueras una pieza de porcelana de Meissen.

—¿Quién es una porcelana de Meissen? —inquirió Guy, que entraba con dos vasos de jerez—. ¿Es mi Melly una porcelana de Meissen? —preguntó divertido mientras tendía uno de los vasos al doctor y a continuación se sentaba en la cama, sin olvidarse antes que nada de colocar el suyo en la mesilla de noche para subirse los sobrios pantalones de rayas,

emblema del prometedor joven abogado, del prometedor joven todo afabilidad y simpatía. «¿Por qué no acaba de caerme bien?», se preguntó el médico, «en realidad nunca esperé... Al fin y al cabo, conozco a Melanie desde que era una niña», y apartó de sí una vez más aquel molesto pensamiento al tiempo que se decía con severidad que no tenía paciencia para aquellas absurdas ideas. Cualquiera tendría envidia de un joven tan bien posicionado, con tanta confianza en sus posibilidades que podía permitirse abandonar un bufete apenas inaugurado para acompañar a su mujer a Suiza durante seis meses. «Y otra cosa buena», decidió con malicia, «a juzgar por las delicadas maneras de don Guy, no se diría que es un hombre que ha pasado los últimos meses privado de su objeto de *deseo*».

—Le estaba diciendo a Melanie que así es como tiene que cuidarse —resumió.

—Y así lo hará —lo tranquilizó Guy—. ¿No es verdad, mi amor?

Empezó a jugar con los dedos de Melanie y su voz adquirió la fingida —y, sin embargo, no del todo— pomposidad de su humor mientras añadía:

—El uso del giro «porcelana de Meissen» como sinónimo de cara fragilidad sugiere que había unas lagunas lamentables en la supremacía británica sobre los mercados internacionales del s. XIX. Y qué extraño que fueran los alemanes, que constituyen casi un sinónimo de pesadez, torpeza, y de todo lo que se considera la antítesis del objeto del que hablamos,

quienes proporcionaran el giro que nos viene a la mente cuando es necesario advertir a Melanie de que debe ser el centro de nuestros incesantes e inagotables cuidados... —Necesitaba respirar de nuevo, después de todo, para terminar la frase; lo hizo del modo más discreto posible, y concluyó, triunfante—: ...como de los suyos propios.

—Qué listo eres, cariño —exclamó Melanie con adoración—. Me siento tan tonta en comparación contigo.

—Pero me gusta que seas tonta —respondió Guy.

«Y así es», pensó el Dr. Gregory mientras los observaba. «Solo que Melanie no es la tontita que él se cree, ni mucho menos, es solo la criatura puramente femenina que se adapta a lo que su hombre quiere que sea. Tampoco diría que es inteligente, más bien astuta»; interrumpió sus pensamientos, algo desconcertado ante la palabra que había escogido, pero continuó con resolución: «Sí, astuta como un grupo de monos si se viera en la necesidad. Pero no se verá», se dijo, y se preguntó por qué se sentía tan aliviado al saber que Melanie recibía amor y protección y que, hasta donde podían estar seguros, estaba a salvo.

La observó entonces hacer pucheros mientras le comunicaba a Guy con fingida aflicción:

—El Dr. Gregory no quiere prometerme que no me voy a morir. —Y ambos esposos, con las manos aún enlazadas, lanzaron una mirada casi furtiva hacia el médico, sin atreverse a permitir que sus rostros

revelaran diversión ni aprensión.

El doctor echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Estás intentando chantajearme, jovencita — advirtió—, y no voy a permitir que te salgas con la tuya. Es la última vez que te sermoneo. Hace catorce meses, siete meses antes de que naciera Richard, el Dr. Macpherson y yo descubrimos una mancha sospechosa en ese pulmón izquierdo tuyo, y ambos sugerimos que no sería mala idea descartar este bebé en particular, y empezar con otro cuando todo se hubiera aclarado. Pero, con buen criterio, según resultó (o según esperamos que resulte), te dejamos quedarte con él bajo la condición de que si las cosas empeoraban, no habría bebé que valiera hasta la próxima vez, y que esa vez podría aún estar muy lejos. Cuando dijimos esto, ambos esperábamos, como sabes, que la mancha sospechosa permaneciera tal cual, pero se hizo maligna, como suele ocurrir, y pese a que, con la mayor de las suertes, te hemos obsequiado con un bebé fuerte y sano, tienes que recordar que has tenido bastantes bacilos de tuberculosis flotando en tu interior.

Pero Melanie había dejado de escuchar. Le gustaba que dieran el discurso, le gustaba aquella solemnidad que se concentraba de modo tan definitivo en ella, pero nunca escuchaba la advertencia que venía tras el final feliz.

—El Dr. Gregory habla como si fuera él quien fabricó el bebé —le dijo a Guy—, pero no es así, fuimos nosotros, ¿a que sí?

—Nosotros solitos —convino Guy, pero añadió con cortesía hacia el doctor—: Aunque debo admitir que hemos contado con una ayuda muy necesaria en el proceso. Acabo de subir a verlo —le dijo a Melanie—. Estaba tumbado boca abajo mientras le limpiaban el culito, chupándose el dedo con furia.

—¡Oh, qué monada! —exclamó Melanie. Sus ojos volaron de su marido al médico para interpelarlo—: ¿Cuándo voy a ver a mi bebé en condiciones? ¡No quiero que me lo enseñen desde la puerta, lo quiero aquí, aquí, aquí!

Palmeó la cama junto a ella, allí donde debería estar el bebé tumbado y por donde nunca había pasado.

El médico suspiró, consciente de que sus advertencias habían sido vanas, y se preguntó si debería recordarle una vez más que debía evitar a toda costa cualquier tipo de emoción y de trastornos —pero la emoción y los trastornos, siempre lo había sabido, eran la respuesta de Melanie ante la vida—. Había pasado ocho meses obedientemente encamada, pero con una inmovilidad desbordante de ira y resentimiento, y nunca con la relajación requerida. Sus grandes ojos azules delataban una tristeza, impaciencia y ansia tan apasionadas que apenas necesitaba la voz que se le había instado a usar en contadas ocasiones, tan solo para hablar de necesidades esenciales, y no para desperdiciar el aliento en quejas y amor. Cada día, al entrar en el cuarto, el doctor buscaba resignación en los ojos de Melanie, pero ahora sabía que jamás la

encontraría, que siempre vería resentimiento y rabia hasta que pudiera permitirles de nuevo mostrar su alegría.

Había que reconocer, admitió el doctor para sus adentros, que Melanie empleaba en estar tumbada la misma energía que muchas mujeres en un día de compras. Volvió a repetir la advertencia.

—Solo has tenido un resultado negativo, solo uno, ¿sabes? Y ya te comportas como si pudieras escalar el monte Cervino.

—Lo siento —contestó Melanie en tono suplicante—, pero ha sido el test lo que lo ha provocado. He sido buena durante mucho tiempo, y de repente, al saber que el test ha salido bien me parecía que por fin habíamos llegado a algún sitio, y siento que no puedo más. Tiene que ocurrir algo, algo nuevo y emocionante.

«Será mejor que se lo diga», decidió el doctor.

—Muy bien, vamos a dejar que ocurra algo, algo de veras muy emocionante. Esta mañana le he explicado al Dr. Macpherson el resultado de tu último análisis cuando lo he visto por el hospital, justo antes de venir aquí, y hemos acordado que si obtenemos tres resultados negativos consecutivos, te dejaremos jugar con Richard.

Como había previsto, antes de que hubiera terminado, Melanie estaba por completo erguida en la cama, poseída por la emoción. Suspiró con teatralidad, y de inmediato ella se desplomó otra vez. «Por

qué no podrá hacer las cosas con delicadeza, en nombre de Dios», musitó el doctor para sí.

Incluso ahora, aun obedientemente recostada, se aferraba a la mano de Guy con tanta fuerza que se le dibujaba el músculo del brazo, en tensión.

—¿Has oído eso, cariño, lo has oído? —le gritó a Guy—. ¡Va a darme a mi bebé! Oh, Guy, ¿crees que me reconocerá? Será horrible si no le gusto... ¿Crees que será demasiado tarde?

«Si no la distraemos, en menos de un minuto habrá estallado en llanto», pensó el doctor en tono fúnebre. Dijo:

—Y ahora que tienes un objetivo para quedarte tranquila, ¿qué te parece un capricho que lo acompañe? Si es que puedes estarte quieta un minuto para que te lo explique.

—Por supuesto que me estoy quieta. Ya estoy quieta —replicó Melanie con voz cargada de reproche al tiempo que levantaba hacia él unos grandes ojos suplicantes.

—¿Qué te parecería un pequeño cambio de perspectiva? No es que no sea bonito mirar por esta ventana, con todas esas acacias, pero posiblemente estés un poco harta de ellas, y los cambios siempre sientan bien.

—¿Quiere decir —exclamó Melanie— que voy a poder salir de esta habitación?

El doctor asintió.

Al principio, cuando decidieron comprarse la casa,

encantados ante la estupefacta incredulidad de ambas parejas de progenitores, que insistían en que no se podía vivir allí, en las traseras de los raíles, al lado del canal, «por favor, si aquello no era mejor que una chabola», Melanie jamás habría podido imaginar que la hermosa alcoba que había diseñado le parecería algún día una prisión. Cuánto habían saboreado la fundamentada superioridad con la que habían rechazado las indignadas protestas de los padres al señalar que ya había un artista y un arquitecto que habían comprado y reformado hogares en aquella hilera olvidada y escondida de estilo Regencia («Ni los artistas ni los arquitectos son abogados», había dicho el padre de Guy. «Esa gente no ve las cosas como nosotros»), y después se habían restaurado y reformado dos casas más, la de un joven catedrático y la de un alto funcionario cuyo nombre incluso sus padres conocían, lo cual dejaba en manos de la clase obrera solo una casa, objeto de complicadas conspiraciones urdidas por los demás propietarios en veladas veraniegas en las que se llevaban sus vasos de jerez a los jardincillos delanteros, tras la atarazana pavimentada que bordeaba el canal. Y cuánto habían cambiado las casas desde que llegaron los Langdon, dos años atrás. Entonces todas parecían iguales, con los ladrillos sucios, la pintura sucia y las cortinas de encaje sucias, y solo se diferenciaban los jardines: uno de roca, otros con gnomos y otro con verjas verdes y blancas en miniatura. Ahora los jardines eran idénticos, cada uno con su pulcro

pavimento de gruesas piedras rectangulares y una delgada mesa y unas sillas de hierro pintadas de blanco, y eran las casas las que se diferenciaban de las de los vecinos, bien por la puerta delantera gris, la turquesa, la negra brillante o la de roble ligeramente ahumado, refinada a conciencia; por el estudio sobre la casa del artista, o por el nuevo piso de arriba en la de Guy y Melanie, regalo de sus padres, para albergar al bebé venidero en una habitación de noche, otra de día y un baño.

—Pero por supuesto que debes elegir los colores — la animaba y engatusaba la hermana Smith cuando Melanie apartaba de sí las muestras con la excusa de que nada de aquello tenía importancia, pues de todos modos el bebé no iba a sobrevivir ni ella tampoco. Pero la hermana había tenido razón en insistir con tanta paciencia en que era Melanie quien debía decidir, pues aquello significaba que cuando dejaba volar sus pensamientos por la casa, sabía que la habitación de día del bebé era blanca y escarlata y la de noche amarilla y azul; pero pese a que la hermana había intentado mantenerla ocupada en organizar pequeños planes, nunca acababa de visualizar las habitaciones y no estaba segura de cómo era el sillón de lactancia en tres dimensiones, sino que siempre lo veía en forma de rectángulo sobre una hoja de papel en cuyo interior ponía, con la letra de la hermana, «sillón de lactancia», y la única realidad tridimensional que le quedaba era el dormitorio, del que cualquier rastro de amor y

alegría se había evaporado desde hacía tiempo.

—Creo que esto se lo dejaré a la hermana —dijo el Dr. Gregory mientras se levantaba de la silla y abría la puerta que llevaba a la salita, donde esperaba con paciencia la hermana (Melanie podía verla desde la cama), de pie junto la ventana hojeando el nuevo *Vogue*; siempre abandonaba la habitación en cuanto terminaba la parte estrictamente profesional de la consulta, pero se quedaba esperando en la salita por si era requerida, en lugar de subir a la habitación azul y amarilla de noche del bebé, donde dormía; pues la niñera no había puesto ningún reparo en ello: tal y como estaban las cosas, ella y el bebé podían apañarse perfectamente con el dormitorio delantero.

—Le he dicho a la señora Langdon que creemos que se merece un cambio de perspectiva —anunció el médico en tono jovial, y la hermana lo acompañó con su cálida voz irlandesa.

—Supongo que no dirá que no a eso —respondió, y ambos miraron con benevolencia a Melanie, la niña buena a quien se agasajaba.

—Vamos a ver —dijo el Dr. Gregory, de nuevo con su voz de científico, mientras realizaba una evaluación profesional de la situación—. Aquí estás cara al este, ¿no? Así que ya recibes todo el sol matinal posible. Pero si te trasladamos a la salita por las tardes, podemos tostarte a base de bien, si este bendito sol de verano decide salir de una vez.

—No tiene sentido trasladarme si sigue lloviendo

—alegó Melanie al descubrir que un cambio, después de tanto tiempo, le resultaba alarmante.

—Siempre son los afortunados los que más se quejan —replicó la hermana, sin demasiada ligereza—. No me sorprendería lo más mínimo que incluso el sol hiciera un esfuerzo especial para brillar por usted.

—La cuestión práctica que debemos considerar —continuó el Dr. Gregory— es si con lo que tenemos en la salita podemos acomodarte.

Abrió de nuevo las puertas correderas y Guy se levantó de la cama de Melanie para ir a mirar sobre el hombro del doctor.

A primera vista no era muy prometedor. Frente a la chimenea había un pequeño diván de estilo Imperio sobre el que Guy y Melanie siempre habían evitado sentarse, aunque los visitantes nunca habían emitido queja alguna, y nadie podía negar que era en extremo agradable de mirar y que encajaba a la perfección con las elegantes urnas doradas del papel pintado, imitación de Imperio. Había dos cómodos sillones modernos y una sillita acolchada de respaldo rígido sin brazos en la que Melanie se había imaginado sentada tejiendo en los últimos meses del embarazo, con la dorada cabecita inclinada sobre la lana blanca y el absorto rostro tocado por la gracia que compensaría la desproporción del cuerpo. Pero antes incluso de comprar la lana para tejer, Melanie se había visto confinada, indefensa y enfurecida, en su cama, y había sido la hermana Smith quien había efectuado la

labor junto a ella, con presteza y esmero, pero seguro que no con el mismo amor. Los recuerdos de Melanie siguieron la observadora mirada del doctor por la salita, y cuando este se giró hacia Guy para decir: «No veo dónde...», Melanie lo interrumpió con ansia:

—Podría tumbarme en la chaise-longue victoriana.

—¿La qué? —exclamó el doctor mientras se volvía con rapidez, y Guy se hizo eco:

—Sí, tiene toda la razón. ¡Mire! —Y, tomando del brazo al doctor, lo hizo rodear la puerta para ponerlo frente a la pared que el vano disimulaba. Y allí estaba la chaise-longue.

Era fea, tosca y extraordinaria, tenía una longitud de poco más de dos metros y una anchura proporcional. El cabecero y los pies del asiento se rizaban como si fueran a encontrarse y sujetaban, sobre las patas y el armazón cuidadosamente labrados, una superestructura de fieltro de un carmesí granate. En el extremo derecho se enrollaba hacia atrás un respaldo curvado y tapizado, formando una espiral tallada, y un armazón labrado sujetaba el tapizado hasta la mitad de la espalda. Su ancestro de estilo Regencia había sido, con toda probabilidad, delicado y fascinante; este descendiente era zafio y habría resultado por completo inadmisibles en un hogar como el de Melanie y Guy si no fuera por la singular calidad del bordado en punto de cruz con lana de Berlín que se extendía formando enormes rosas brillantes sobre el raído fieltro, sobre el respaldo curvado y desde la parte superior del reposa-

cabezas hasta el final del asiento.

—¡Qué trasto tan monstruoso! —exclamó el doctor— ¿De dónde lo habéis sacado? —Y, sin esperar respuesta, añadió—: Creo que nos vendrá como anillo al dedo.